

La 1ª Exposición Internacional de Escultura en la calle, en Santa Cruz de Tenerife

Eduardo Westerthal



La Primera Exposición Internacional de Escultura en la Calle, organizada por la Delegación en Santa Cruz de Tenerife, del Colegio Oficial de Arquitectos de Canarias, ha superado las naturales limitaciones insulares y puede considerarse como un acontecimiento nacional. La puesta en marcha de una empresa tan complicada en principio, se debe a la colaboración generosa del Cabildo Insular de Tenerife, del Ayuntamiento y de la Caja de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, del Colegio Oficial de Arquitectos en la Delegación de la isla y, de manera singular al esfuerzo de la Comisión de Cultura del mencionado Colegio.

Ha sido posible tener en Tenerife a figuras importantes, como Sir Roland Penrose, ex director del British Council en París y actual presidente del Instituto de Arte Contemporáneo, de Londres, del que fue fundador junto a Herbert Read y Henry Moore; a Jacques Lassaing, director del Museo de Arte Moderno de la Villa de París; a Marc Macken, director del Museo de Escultura Middelheim, de Amberes, escultor, fundador de dicho museo y uno de los grandes expertos en esta clase de exposiciones al aire libre; a Claude Visieux, escultor y miembro del Jurado del Salón de Mayo de París.

Han estado en Tenerife en los días inaugurales la mayor parte de los escultores que exponen obra: Jiménez Casas, Néstor Basterrechea, Martín Chirino, Feliciano, Eusebio Sempere, Jaime Cubells, José M. Subirachs, Eduardo Paolozzi, Amadeo Gabino, Pablo Serrano, Remigio Mendiburu, Ricardo Ugarte, Federico Assler, Josep Guinovart —abierto todavía su gran exposición en el Colegio—, Gustavo Torner, Joaquín Rubio Camín, Xavier Corberó, Andrés Alfaro, Francisco Sobrino, Eduardo Gregorio, María Simón, José Abad y Mario Ceroli.

De un total de cuarenta y seis obras, veintinueve han sido donadas por sus autores a la ciudad. Faltan aún las prometidas por Jean Tinguely y por Niki de Saint-Phalle, la de Mario Ceroli y otra aportación de Oscar Domínguez.

El Museo Middelheim, de Amberes, ha cedido «Milagro», bronce de Marino Marini, con el tema caballo-jinete, obra de resonancias emotivas y muy representativa dentro de su

línea figurativa-expresionista; Ossip Zadkine, figura con otro bronce, «Fénix», complejo en su barroquismo, con el que simbolizó la resurrección de Francia después de la guerra; Pablo Gargallo está presente con el «Profeta», una de las piezas más importantes de la escultura al plantear el problema de la incorporación del espacio y de la reforma figurativa. Estas tres obras pertenecen a los años 1953, 1944 y 1933.

El Instituto Británico, de Barcelona, contribuye con dos piezas importantes: Bernard Meadows, con su «Figura de pie armada», bronce de 1962; Kenneth Armitage, con su «Figura reclinada sobre un costado», bronce de 1958-59. Ciertos rasgos comunes en la expresión de estos personajes y en la delgadez de sus extremidades confieren a estas dos obras un aire escultórico de familia, basado, por otra parte, en un candor que pudiera tener sus orígenes en el reino animal, sobre todo en Bernard Meadows que lo ha tratado extensamente. Este aire de familia puede extenderse también al «Milagro», de Marino Marini.

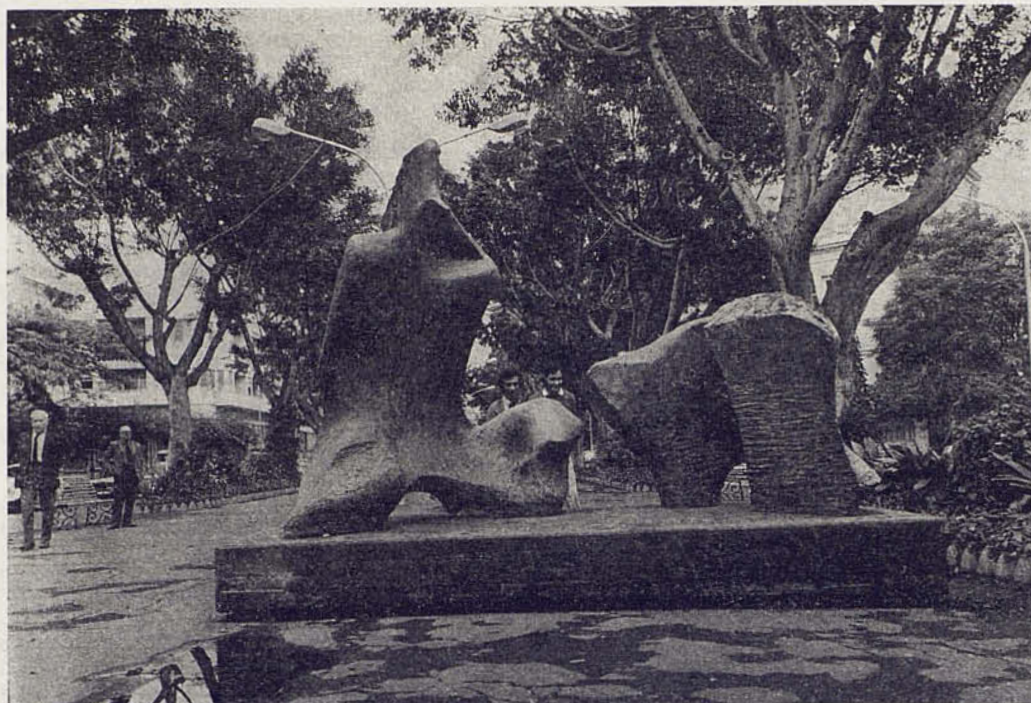
El Museo de Arte Moderno, de Barcelona, está presente con la «Mujer sentada, n.º 2», bronce de Julio González de 1935-37. Se trata de una copia de un original en hierro. En esta pequeña obra se observa, en reducción, el carácter monumental de su obra y la influencia que ha tenido sobre la escultura contemporánea.

Elvireta Escobio aporta el «Objeto para la paz», del malogrado Manolo Millares. Fiel al ingente poder destructor de sus arpilleras, Millares llevó a este objeto escultórico la angustia permanente de sus cuadros, la expresión del deterioro, del vacío y de la denuncia. Esta obra destinada a la paz viene a ser un «trofeo» desintegrado por la guerra.

El vizconde de Noailles cedió los planos del «Monumento al gato», pieza hasta ahora única de Oscar Domínguez, levantada en su propiedad de Hyères y reproducida en esta exposición. También la familia Noailles ha contribuido con el «Pirata», gran dibujo en hierro integrado con lona y cuerdas, para ser emplazado a gran fondo espacial. En estas dos obras se aprecian las grandes invenciones de este artista, su fidelidad al Surrealismo, la aplicación de diversas técnicas, su permanente humor y originalidad. El «Monumento al gato» es una obra de mampuesto, con intervención de vidrio en los ojos y gavilla de hierro en la interpretación del bigote. En estas obras permanece como constante el sentido del juego.

Otra obra importante, dentro de una visión histórica, es la de Alberto Sánchez, cedida por su familia, titulada «La Mujer de la estrella», del año 1956-58. Ya en el año 1933 se presentó solamente con un dibujo a la exposición del Nuevo arte español, de la Galería Flechtheim, de Berlín, organizada por los Ibéricos y presentada por el crítico Manuel Abril. Alberto llevó a la escultura la voz del pueblo, las expresiones populares en la historia de barro y cerámicas y creemos que tenga relación, sobre todo en la titulación, con la presentada en París, en 1937, en el pabellón español de la Exposición Internacional. Representa un hito histórico de valor con el que hay que contar en la evolución del arte y en la unión populista hacia contenidos más intelectuales y más actuales de evasión abstracta.

De la Galería Maeght, de París, han concurrido dos grandes obras: un monumental «stable-mobile» (1970), de Alexander Calder, dentro de su gran línea lúdica, y una «Mujer», bronce de 1972, de Joan Miró, obra surreal de objetos encontrados, utilizando el bidón y el caracol, como torso y cabeza de supuestos de intercambio expresivo para configurar una realidad de origen onírico.



El propio Henry Moore, por directa mediación, ha enviado la maqueta en bronce de su «Figura recostada», de 1963, que se encuentra emplazada en el Lincoln Center, de Nueva York. Esta obra, de por sí, ha venido a ser el gran punto seductor de la exposición. Constituye la cita continua de los visitantes. La personalidad de Henry Moore no necesita comentario explicativo, sobre todo en este caso, tratándose de una escultura internacionalmente conocida.

Obra importante, en hormigón, es la de Pablo Serrano, «Homenaje a las Islas Canarias». Siete bloques en los que intervienen la luz y el agua, conjugan la continua idea solidaria de la unión y de las raíces, siempre presente en su obra, de comunicación humana. Esta obra lumínico-fuente presenta una serie de interrelaciones técnicas fundamentales para la consideración actual de la obra monumental destinada a la sociedad.

Abre esta exposición la «Lady Tenerife», de Martín Chirino, en hierro pintado de rojo, del año 1972, que se levanta en la plaza del Colegio por encargo especial para la inauguración de su nuevo edificio. Su perfección lineal, acusada en un fondo de montaña, constituye el más acabado aporte y la presencia magistral de un gran escultor. La «Lady» viene a ser la gran maternidad de este conjunto.

La «Estela espacial», de Amadeo Gabino, acero inoxidable del año 1973, es otra de las grandes obras presentadas. En esta torre, Gabino ha logrado la síntesis de la luz y de la vegetación. Cuerpo de gran belleza, monumental espejo de su entorno, cinética en la captación del espacio móvil y reflejado, esta obra vibracionista es una gran joya de transferencias visuales.

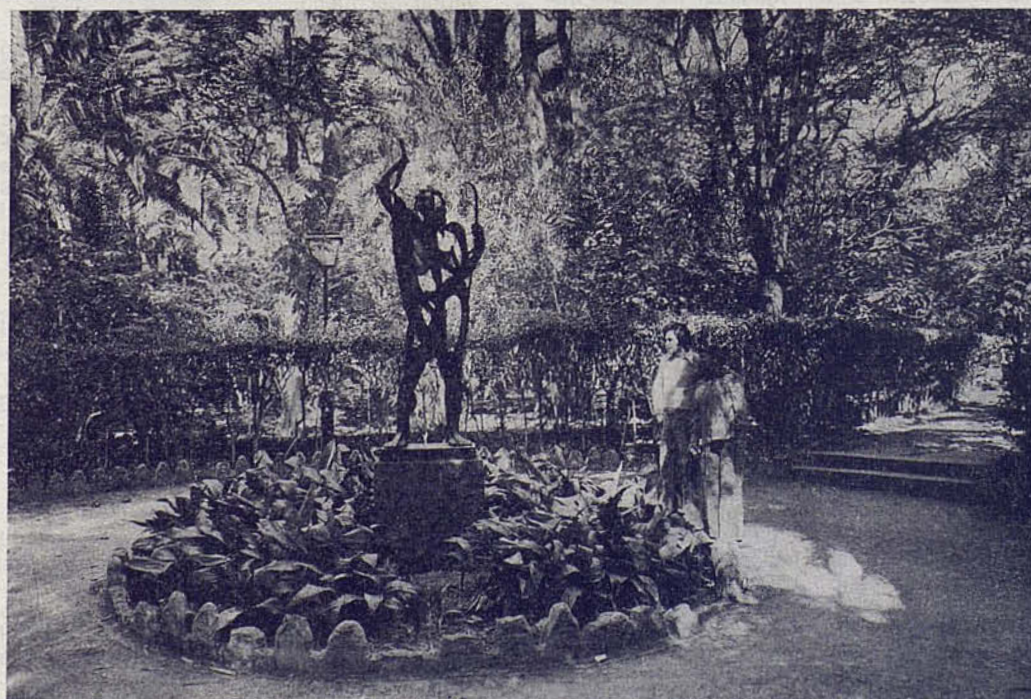
En la captación cinética se encuentra la de Eusebio Sempere, que en planos separados, pero de visión superpuesta, en hierro pintado, de 1973, ha hecho traslado de su obra gráfica al complejo urbano, creando unas piezas de amplias rejas de captación luminosa, de importancia en la producción de este gran pionero del espacialismo cinético.

Responde a esta línea la de Andrés Alfaro, de 1973, estructura metálica en hierro y aluminio. Escultura radiante constructivista, tipificada en su serie «generatriu», rueda dinámica y ejemplo de un núcleo disparado al espacio, común a la perfección matemática de sus trabajos. De extraño acuerdo entre el ejercicio mental y la evasión poética.

Arnaldo Pomodoro es otro de los grandes escultores, que ha concurrido con un «Cilindro Construido», bronce de 1968-70, de grandes dimensiones. No se puede olvidar su formación de joyero. En el rasgado vientre de este tubo, con irisaciones cobrizas, se muestra al descubierto, pugnando con la chapa derrotada, el conjunto de bloques de tendencia constructiva, estableciendo una ordenación y un equilibrio y conjugando las oposiciones.

Jorge Jiménez Casas expone su escultura en plástico, ejecutada en 1973. Grandes chapas teñidas y quemadas, superpuestas en breves espacios, logrando un volumen a base de planos montados como si se tratara de un gran «collage». Una obra que traspasa las puras experiencias y ofrece grandes perspectivas en su desarrollo, por la novedad del material en manos de este escultor de concepción formal.

Néstor Basterrechea, uno de los escultores del grupo vasco, junto a Remigio Mendiburu



Henry Moore.
Marino Marini. Amadeo Gabino.
Pablo Gargallo.

y Ricardo Ugarte, toma parte con una gran talla en roble, un genio nocturno: «Idittu», deidad vasca. Esta pieza desarrolla, en el tronco, una modulación musical, como un canto a dos voces, alternando el relieve y la concavidad, la perfección curva del corte. No existe representación. Es una abstracción que parece humanizarse, un cuerpo que no termina de decir su nombre, patinando en nuestros sentidos, jugando al escondite de su verdad.

Ricardo Ugarte levanta una construcción en hierro pintado de rojo, de 1973, titulada «Lorea». Se trata de un árbol modular, que incorpora en sus huecos al espacio, siguiendo posiciones y efectos ya reconocidos.

Feliciano Hernández presenta otra escultura en hierro pintado. Se trata de volúmenes suspendidos por unos tensores. Presenta unas características de gran juguete o de ampliación de un objeto casi de uso familiar. La obra reduce su poder, tal vez por los bordes de color.

En cambio, otro escultor, Eduardo Gregorio, que toma como modelo, según sus propias declaraciones, un juguete de su infancia, logra una obra llena de extraordinaria potencia. Un ensamble de seis cuerpos geométricos, cruzados, con una apoyatura de base de tres puntos, produce esta insólita y grandiosa presencia. Trabajada en hormigón y virutilla metálica.

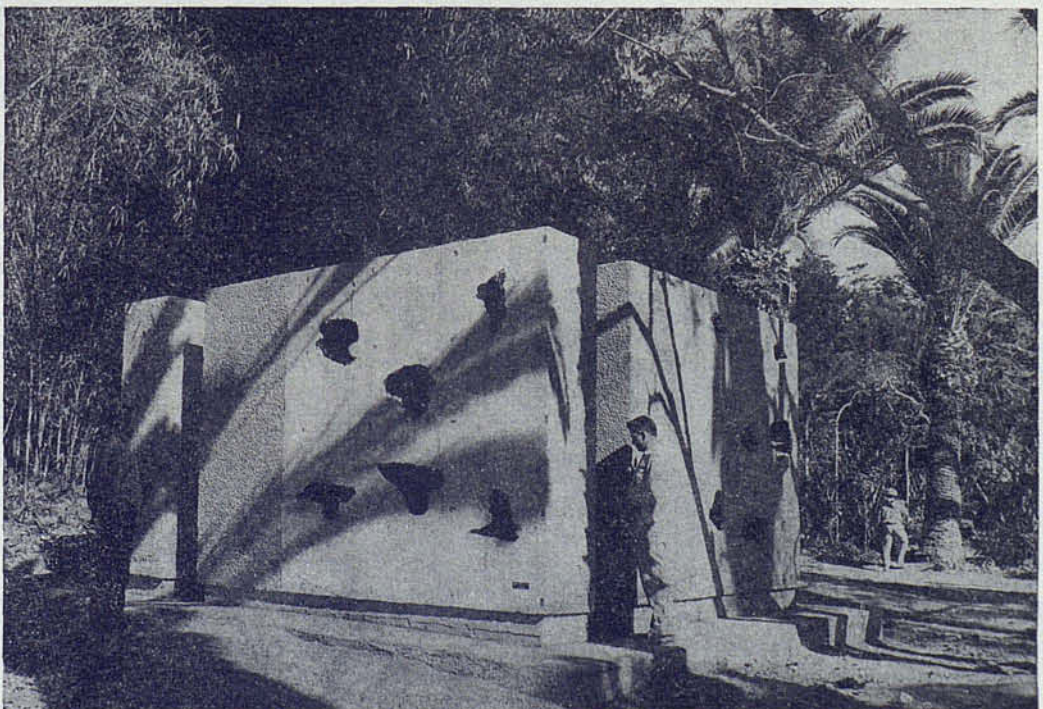
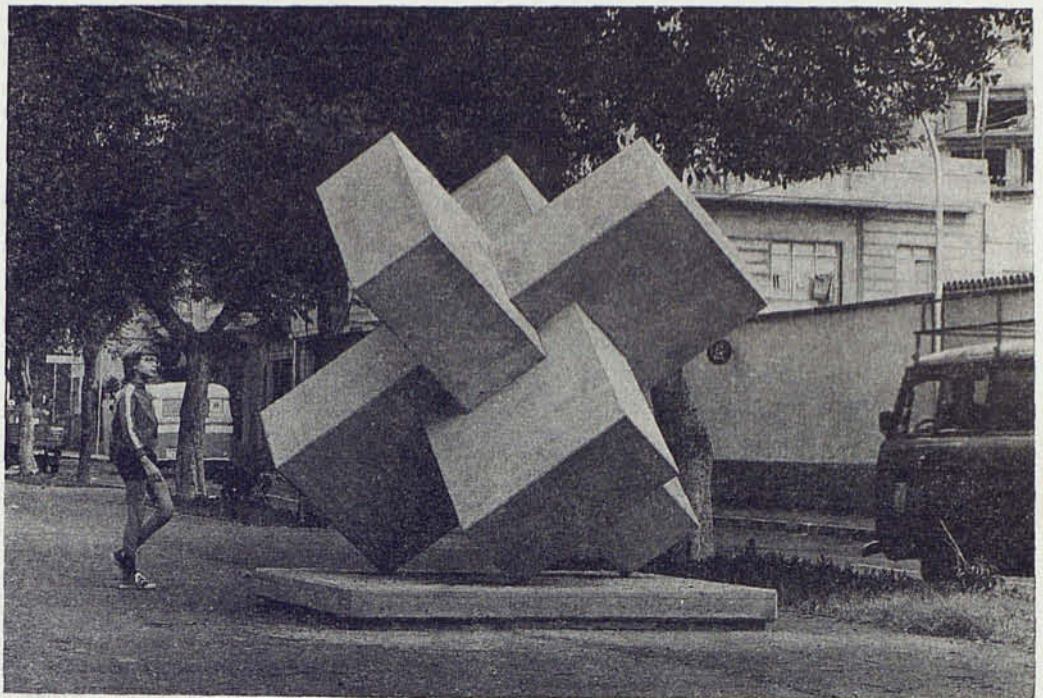
Otra columna es la de Alicia Penalba, bronce que lleva por título «La Catedral». Esta obra entra en sus *liturgias vegetales* y su desarrollo en el espacio se produce como una consecuencia de la Naturaleza. El bronce se identifica aquí con el árbol y con sus posibles consecuencias formales. Construida con rigor, equilibrando la fuerza de los volúmenes en verticales que incorporan el espacio dentro de una inusitada solemnidad.

Jaime Cubells ofrece un gran torso esquemático en hormigón ennegrecido, partiendo de una unidad, de un bloque, centralmente hendido y con cuatro pliegues angulares. Tiene el mismo carácter masivo de la obra de Eduardo Gregorio, pero sin el problema de gravitación y equilibrio de la mencionada construcción. Se parte en la obra de Cubells de una reconstrucción figurativa, dentro de una arquitectura libre y abierta.

Junto a ella la obra de José M. Subirachs, también en hormigón, más que bóveda, templo para una mano abierta. Esta especie de podium está realizado con una gran riqueza de textura. Acogida en este templo, el bajo-relieve de la mano presenta, a efectos de la luz, su *trompe-l'oeil*, como una aparición mágica. Obra de perfecto acabado y muy dentro de la concepción dual que distingue la última labor de este escultor. Lleva por título «Introversión» (1973).

Marcel Martí expone una pieza en piedra caliza, de 1973. La piedra aparece tratada de manera sensual, con esa llamada al tacto que distingue su producción. Se trata de una modulación, o una repetición, de un motivo que parte de un torso y se convierte en abstracción rítmica. Liberado del torno y sus acuerdos geométricos, Martí lleva a cabo en esta obra, de proporciones cortas para el destino impuesto, un ejercicio armónico de gran belleza.

Gottfried Honneger presenta en hormigón su «Homenaje a Pascal», de 1973. Se trata de una escultura totémica, en forma de construcción progresiva que perfora el espacio con volúmenes equilibrados en su montaje.



Columna naturalmente racional que se presenta como un continuo de proyección ilimitada.

Xavier Corberó nos da otra versión cargando de cierta humanidad su «Ejecutores y ejecutados», en poliéster, fechados en 1973. Formas esféricas en negro, nacen de tubos de amianto —los ejecutores—, mientras otras, en blanco y rojo —los ejecutados— cuelgan de un árbol con gruesas sogas. Formas dobles, como grandes globos, cuyo material es dulce a la luz y establece en su emplazamiento, con el lenguaje de sus formas y colores, un diálogo cargado de intención humana, de originalidad y de elocuencia. A Corberó le ocurre lo que a Pomodoro: el tacto de los objetos, su formación artesana, su amor por la materia, logran el descubrimiento poético en la angustia del drama.

Esta dramática se encuentra en la obra de José Abad, en hierro pintado de rojo, fechada en 1973. Este escultor ha ordenado la chatarra de un avión siniestrado, dentro de una construcción geométrica a manera de caja abierta. Ha regresado en cierto modo a su período inicial del objeto encontrado, pero esta vez con la diferencia de incluir unas ordenadas mondrianescas. Esta escultura monumental tiene algo de patíbulo o de máquina infernal. Hasta las cadenas que cuelgan pudieran ser cuerdas de sangre. Pero sometida a una estructura, a un rigor geométrico, la obra cobra un carácter abstracto de máquina gratuita y fantástica.

Agustín Cárdenas levanta sobre un pedestal su mármol, de 1968, respondiendo al título «Caja de música I». Una pieza de gran nobleza, trabajada para la contemplación y el descanso, a la manera brancusiana, de serenidad y amor por la materia. Obra con un círculo central perforado, acaso para una función del viento.

Federico Assler ofrece cuatro figuras antropomórficas, de indiscutible influencia surrealista. Hormigón del año 1973. Personajes imaginarios. Fetiches entroncados al nacimiento del nombre, indeterminados como especie en el desarrollo de una misteriosa tipología. Una obra de gran importancia plástica.

Frente a ella un rigorista, el más esquemático e intelectual de los expositores: Joaquín Rubio Camín, en «Nivel», escultura en acero laminado en ele y metalizado en cobre. El hierro se presenta aquí en una trayectoria de reptil, acusando la vitalidad de su geometría, en el corte, en la rectitud del trazado, en la incorporación y despegue de su base, en el ritmo. Mental, desnuda, verdadera lección de pureza.

María Simón nos muestra «Hombre», hierro de 1973. Como en el caso de Rubio Camín esta escultura apoya su obra en el desdoble de una pieza. Se logra, dentro del plano, la producción en profundidad. El problema espacial queda resuelto al doblar la lámina de hierro y al realizar la perforación que incorpora el espacio como materia. Hace así el resumen, o el compendio, de la nueva escultura que busca nuevas comunicaciones. María Simón, de manera sobria, nos muestra la gran riqueza y posibilidades del plano en la escultura.

Algunos de estos escultores, junto a otros situados en las últimas vanguardias, abandonaron el concepto sagrado de la obra como monumento y se situaron en una comunicación lúdica queriendo integrarse a la sociedad.

La obra de Eduardo Paolozzi —conocida desde la denuncia agónica del hombre-máquina hasta el reportaje pop— se sitúa en la utilización de una escultura que sirva al juego, con la construcción de unos módulos en forma de muralla para la escalada de los niños.

El penetrable de Jesús Soto, con sus millares de hilos de nylon, tiene una significación atractiva y puede ser un divertimento, pero presenta una intención comunicativa con la sociedad y una nueva concepción activa de la obra de arte.

El «Dado para 13», de Remigio Mendiburu, es otro penetrable en hormigón relacionado con la arquitectura. El bloque, animado por perforaciones, lleva al visitante a secretas relaciones con el paisaje. No se trata de una escultura habitable, pero sí para que el hombre forme parte de ella, en su soledad y en su proyección. Es por lo tanto más que una obra de comunicación física.

Claude Viseux, en su «Homenaje a Millares», acero inoxidable de 1972, aplica las posibilidades técnicas de la industria con efectos móviles y ruidísticos, enriqueciendo no solamente la escultura en su parada histórica de objeto radiante en la contemplación, sino sometiéndola a un movimiento voluntario con efectos sonoros. Es por lo tanto una obra de participación, una obra que necesita la colaboración del hombre.

Marc Macken abunda en la participación, reclamando una unidad comunitaria. «Solidaridad», de 1973, en hormigón, expone esta idea de comunicación. Un bloque central de dos cuerpos en conjunción, siguiendo una proporción arcaica, aparece rodeado por cubos unidos por una gruesa cadena. Estos cubos son móviles. Se relaciona todo ello con el descanso y la palabra.

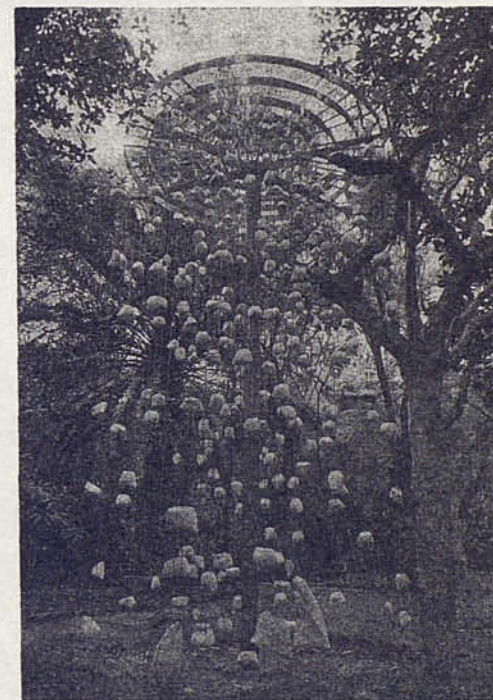
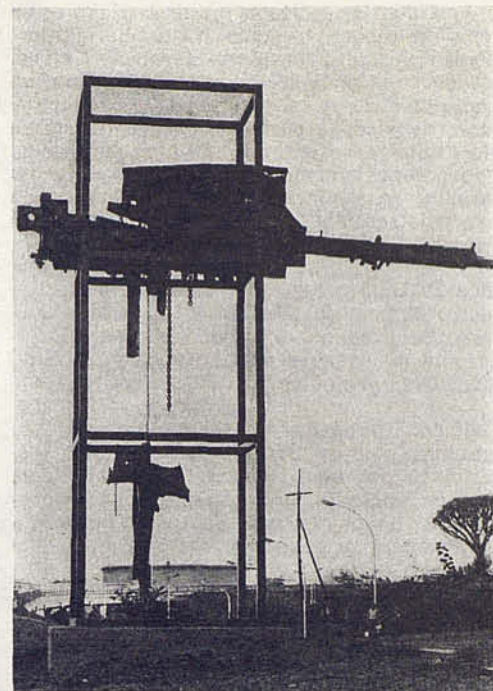
Francisco Sobrino levanta dos grandes móviles, cada uno con cuatro esferas rojas. Entra en las búsquedas visuales y en las experiencias del arte cinético, en la animación del espacio. Es el escultor de las nuevas ciudades, el futuro animador de los centros urbanos.

Gustavo Torner abre su «Laberinto». Homenaje a Borges, en hormigón. Altas paredes blancas. Se trata de otro penetrable fuera de la concepción de Mendiburu. Torner no opera con la soledad, sino con la comunicación. Su «Laberinto» está basado en la función del orden, en la pureza lineal, en un estado de gracia. Pudiera ser también un pasaje del amor provisional.

Como cascada de extrañas frutas, se presentan en hormigón, en un lugar recatado del Parque, las concreciones de Josep Guinovart. Viene a ser una réplica de la obra que figura en su exposición individual en el Colegio de Arquitectos. Ahora cuelgan de una estructura metálica —un alto eje coronado por una rueda—. Es un conjunto comunicativo de júbilo, una integración con la naturaleza, con el entorno.

Otras obras, como la de Pablo Serrano, acompañada de agua y luz, con la permanencia de su canto a la esperanza; la de Domínguez, como arco de candor; las ópticas de Sempere y Alfaro, pueden entrar en esta consideración de canales de comunicación entre la obra de arte y el pueblo. Faltan las de Jean Tinguely, Niki de Saint-Phalle y Mario Ceroli, que entrarán seguramente en este concepto de la escultura.

Con esta gran exposición de escultura en la calle, Santa Cruz de Tenerife puede considerarse, en la nación, como la capital de la escultura contemporánea.



José Abad.
Josep Guinovart.
Joan Miró.

E. W.